STALIN,
el tirano rojo

Álvaro Lozano

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Stalin, el tirano rojo
Autor: © Álvaro Lozano

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-323-3
Fecha de edición: Marzo 2012

Impreso en España
Depósito legal: M-4950-2012

A mi madre

Y veía subir de él siete vacas hermosas y muy gordas, que se pusieron a pacer la verdura de la orilla; pero he aquí que después subieron del río otras siete vacas feas y muy flacas y se pusieron junto a las siete que estaban en la orilla del río, y las siete vacas feas y flacas se comieron a las siete hermosas y gordas; y el faraón se despertó.

Génesis, 41, 2-4

Índice

Capítulo 1. La era de Stalin. Introducción 15

Capítulo 2. «Koba», orígenes de un revolucionario 35

Capítulo 3. *«Litsedei».* Las múltiples facetas de un dictador 59

Capítulo 4. «Resplandecían de malicia». La lucha por el poder 85
- La Guerra Civil rusa 85
- Las bases del poder de Stalin 91
- El enfrentamiento Trotsky-Stalin 103
- La derrota de Trotsky y la «oposición izquierdista» 111
- La derrota de la «oposición derechista» 113
- Los límites del poder de Stalin 120

Capítulo 5. «Una muerte de perro». El Gran Terror 123
- Naturaleza del terror 125
- Asesinato en Leningrado. Las purgas post-Kírov, 1934-1936 129
- La gran Purga, 1936-1939 134
- La purga del partido 135
- La purga de las fuerzas armadas 148
- La purga de la policía secreta 157
- La purga del pueblo 162
- El Gulag 182

Las últimas purgas 197
Balance 202

Capítulo 6. «Cinco en cuatro». La economía 211
La colectivización 213
La industrialización 240
Balance 263

Capítulo 7. «¿Han perdido la cabeza?». La política exterior 269
Los esfuerzos hacia la seguridad colectiva 269
Stalin y la Guerra Civil española 279
El acuerdo de Múnich 289
El viraje exterior 292
China 294
La diplomacia dual y el Pacto Germano-Soviético, 1939-1941 295
El camino de la guerra 304
El pacto con Alemania. Un balance 317

Capítulo 8. «Guerra profunda». Hitler contra Stalin 321
Operación Barbarroja 321
Los motivos del fracaso alemán en 1941 346
La guerra cambia de signo 350
La Conferencia de Teherán 362
La victoria soviética 365
Stalin como comandante en jefe 374
Los motivos de la victoria soviética 382
Balance 395

Capítulo 9. «Un telón de acero». Los inicios de la Guerra Fría 397
Decisiones y divisiones 397
La doctrina Truman y el Plan Marshall 409
El bloqueo de Berlín 413
La guerra de Corea 416
La Kominform 419
Los intereses de la URSS 420

Capítulo 10. «Algunos más iguales que otros».
La cultura 423
La sociedad 454

Capítulo 11. Conclusión: un traumático legado 473

Selección bibliográfica 493

Notas 501

Capítulo 1
La era de Stalin. Introducción

Este temor que millones de personas encuentran insuperable, este terror inscrito en letras rojas sobre el cielo plomizo de Moscú, este espantoso temor al Estado.

Vasili Grossman

La corta noche veraniega del 21 al 22 de junio de 1941, Iosif Stalin, líder de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), abandonó su oficina en el Kremlin antes de lo habitual. Normalmente trabajaba en la enorme mesa de conferencias de la sala del Gabinete del edificio del Presidium hasta las cinco de la mañana, bajo la impasible mirada de los retratos de Marx, Engels y Lenin que adornaban la pared de roble. Cuando los primeros rayos de sol iluminaban las cúpulas doradas de las catedrales frente a las ventanas de su oficina, Stalin solía encontrarse en su mesa de trabajo sumergido en una densa nube de humo de los cigarrillos Herzegovina Flor que tan sólo cambiaba, de vez en cuando, por su pipa inglesa Dunhill. Sin embargo, aquella noche de junio trabajó sólo hasta las dos de la mañana y, tras despachar algunos asuntos urgentes con su secretario, Alexander Poskrióbyshev, abandonó el edificio.

Sentado en la parte trasera de su limusina blindada negra, Stalin y la caravana de vehículos de seguridad abandonaron el Kremlin por la puerta Borovitsky recorriendo a toda velocidad las todavía desérticas calles de Moscú. Stalin apenas había dormido en el apartamento que tenía a su disposición en el Kremlin desde que su mujer se suicidara allí en

1932, y no parecía existir ningún motivo para hacer de aquella noche una excepción. Una vez que dejaron atrás la capital, la caravana, controlada por el enorme jefe de su seguridad personal, el general del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) Nikolai Vlasik, se desplazó como era habitual a toda velocidad por el centro de la carretera. Los vehículos cubrieron en menos de media hora el trayecto de treinta y dos kilómetros hasta Kuntsevo, una pequeña y tranquila localidad rodeada de frondosos bosques de pinos y abedules. Antes de llegar a Kuntsevo, la caravana de vehículos abandonó la carretera principal para girar a la izquierda, adentrándose en una carretera secundaria donde se detuvieron brevemente ante un control de seguridad con guardias fuertemente armados. Tras las revisiones rutinarias de seguridad, finalmente llegaron a una casa de una planta rodeada de jardines. Era la entrada a la dacha personal de Stalin, cuyo nombre era *Blízhniaia* («dacha cercana») para distinguirla de las otras casas que poseía y cuya existencia muy pocos moscovitas conocían[1].



Stalin y su adorada pipa.


La Unión Soviética en tiempos de Stalin (1929 - 1953)
Territorio ganado durante la guerra de Finlandia de 1940
Territorios anexionados en 1939 - 1940 a raiz del pacto Molotov - Ribbentrop
Territorios alemanes y checoslovacos anexionados a la URSS en 1945
Confines de la invasión alemana, enero - julio de 1942
SUECIA
FINLANDIA
Mar Báltico
Leningrado
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
Moscú
Gorki (Nizhni - Nóvgorod)
Smolensko
Kuibishev
Minsk
BIELORRUSIA
UNIÓN SOVIÉTICA
POLONIA
Kursk
Kiev
Járkov
Stalingrado (Tsaritsin)
CHECOSLOVAQUIA
HUNGRÍA
UCRANIA
Rostov del Don
RUMANÍA
YUGOSLAVIA
Kerch
Yalta
Mar Caspio
BULGARIA
Mar Negro
GEORGIA
Tiflis
Bakú
ARMENIA
AZERBAYÁN
GRECIA
IRÁN
TURQUÍA
Teherán
Algunas ciudades que fueron bautizadas con el nombre de los camaradas de Stalin
Molotov (Perm)
Zhdanov (Mariupol)
Kalinin (Tver)
Voroshilov (Lugansk)
Ordzhonikidze (Vladikafkaz)
Kirov (Viatka)
Gorki (Nizhni - Nóvgorod)
Kuibishev (Samara)
Voroshilovsk (Stavropol)
Stalingrad (Tsaritsin)
Stalino (Yuzhovka)
Stalinabad (Dushanbe)
Kirovabad (Elizavetpol)
Mar Mediterráneo

En ella, Stalin llevaba una vida solitaria; sus únicos acompañantes eran oficiales de policía, que debían ser muy discretos para no molestar al irascible dueño, y algunos empleados domésticos. Se trataba de una vivienda sencilla que Stalin había reformado de forma constante y que su hija Svetlana recordaría siempre con afecto. Stalin vivía prácticamente todo el tiempo en el salón. Allí dormía en un sillón rodeado de teléfonos que le conectaban con el mundo exterior. El mobiliario era sobrio: un armario, varias sillas y una gran mesa en el centro de la sala que solía estar atestada de papeles, periódicos y documentos. Cuando cenaba solo hacía que le despejaran la mitad de la mesa, y las montañas de documentos eran retiradas completamente cuando recibía a alguien. Aquel día de junio no esperaba a nadie, por lo que se retiró a dormir temprano. A pesar de que habitualmente sufría de insomnio, aquella noche se durmió plácidamente a las dos y media de la madrugada ajeno al hecho de que cientos de aviones alemanes se dirigían ya a bombardear las ciudades y los aeropuertos soviéticos[2].

La mayor parte de la población soviética dormía también sin preocupaciones bélicas aquella noche cálida y tormentosa. A pesar de los rumores insistentes sobre la inminencia de una invasión alemana, poca



Trabajando con su secretario Poskrióbyshev.

gente estaba realmente preocupada, pues el propio Stalin había tranquilizado a la población señalando que eran rumores sin fundamento difundidos por provocadores occidentales que deseaban acabar con el Pacto Germano-Soviético. La tarde del 21 de junio fue una noche de sábado más, incluso en los distritos militares fronterizos. Las tropas en la frontera se encontraban relajadas y disfrutaban del incipiente clima veraniego. Los oficiales se encontraban en sus hogares con sus familias, en los clubes de oficiales o disfrutando en los teatros o cines de los cuarteles.

El 19 de junio, el jefe del Partido de Leningrado, Andrei Zhdánov, había partido hacia su lugar habitual de vacaciones, la localidad de Sochi en el Mar Negro, donde Stalin poseía también una residencia. Para la población era un gran motivo de alivio, ya que si Zhdánov, al que algunos consideraban el posible heredero de Stalin, se marchaba de vacaciones, eso significaba que las amenazas de guerra eran tan sólo rumores infundados. Un día después, el comisario de Comercio Exterior, Anastas Mikoián, había alertado a Stalin de que en el puerto de Riga veinticinco mercantes alemanes habían recibido órdenes de partir el 21 de junio con independencia de si habían completado su carga. Mikoyan señaló



El jefe de su seguridad personal, Nikolai Vasik, con Yákov, el hijo de Stalin.

que eso significaba la guerra. Stalin le contestó que Hitler consideraría la detención de esos mercantes como *casus belli* y ordenó que se les dejara partir. Ante las pruebas que se iban acumulando, el ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Mólotov, se limitó a declarar: «Ningún acontecimiento nos tomará por sorpresa»[3]. Los ingenieros navales alemanes que se encontraban en Leningrado reconstruyendo un acorazado para la flota soviética habían ido regresando a Alemania de forma progresiva y el agregado militar alemán se quejó de la absoluta falta de tacto en la forma en que habían sido llamados de vuelta.

El 18 de junio, una cuarta parte de la edición del diario *Izvestia* (una página completa) se había dedicado a celebrar el aniversario del fallecimiento del escritor Máximo Gorky. La mayoría de la población de la URSS desconocía las noticias internacionales que anunciaban una invasión inminente. Ninguna noticia al respecto aparecía publicada en los diarios *Pravda* o *Izvestia*. Las noticias de aquel sábado contenían las habituales y aburridas informaciones: los logros de producción en Kazajistán y un informe sobre la conferencia del Partido de Moscú. La guerra europea era algo distante: las noticias sobre operaciones militares en el norte de África y en Siria aparecían tan sólo en la última página del diario *Izvestia*. En la misma edición, un anuncio del Gobierno solicitaba a los ciudadanos que recolectaran botellas para ser reutilizadas. Otros anuncios presentaban un nuevo «perfume soviético», Zhiguli, y una nueva crema facial, Nochnoy, pero no se hacía mención alguna a la inminencia de la guerra. A los privilegiados que tenían acceso a la prensa internacional se les indicó que ignorasen todo lo que se publicaba sobre la amenaza de invasión alemana[4]. Los programas de radio estaban tan censurados como los diarios y consistían en gran parte en conciertos, discursos y algunos comentarios deportivos. Los acontecimientos internacionales se reducían a un informe semanal sobre la situación de la guerra en Europa.

No es de extrañar, por tanto, que para la mayoría de los moscovitas lo más preocupante aquellos días fuese el clima, que se mostraba especialmente inestable para esas fechas. El mes había comenzado con una nevada el 2 de junio y fuertes lluvias el día 7. Las temperaturas al iniciarse el mes habían sido las más bajas desde 1881. Sin embargo, el día 11 el termómetro había alcanzado ya unos agradables diecisiete grados que fueron ascendiendo de forma paulatina a partir de entonces. El sábado 21 de junio de 1941 amaneció caluroso y soleado en Moscú. El sábado se había convertido en un día laborable más y los moscovitas planeaban cómo divertirse o descansar al día siguiente. La noche del 21 al 22 de junio era la más corta del año y en Leningrado,

famosa por sus «noches blancas», no había habido prácticamente ninguna hora de oscuridad.

Para los ciudadanos de Moscú acostumbrados a las medidas draconianas del régimen estalinista, la vida había mejorado algo en los últimos meses. Con la producción suplementaria para cumplir los acuerdos económicos suscritos con Alemania, algunos bienes habían sido desviados de forma inevitable al mercado doméstico. Años después, en plena Guerra Fría, los moscovitas todavía recordarían con nostalgia aquel «verano consumista». A pesar de todo, un inspector del Comisariado de Comercio informaba de la preocupante escasez de verduras frescas en los mercados oficiales de la capital. En uno de los comercios que visitó tan sólo encontró diez racimos de rábanos y veinte pepinos, aunque en un mercado negro cercano se podía encontrar todo tipo de verduras frescas.

Tras años de profundas reformas, Moscú se encontraba en su mejor momento. Sus famosas cúpulas doradas brillaban resplandecientes con el sol y los niños jugaban en los jardines Alexandrov bajo las murallas del Kremlin. Los colegios habían finalizado las clases el viernes 13 de junio y, al día siguiente, el consejo municipal había anunciado la esperada reapertura de la plaza Soviética, que había estado cerrada para realizar trabajos de restauración[5]. En los jardines se habían plantado tilos e incluso algunas palmeras, además de quinientas rosas que ya estaban en flor. La fuente en el centro de la plaza había vuelto a funcionar y se anunció que sería iluminada cada día a las once de la noche. Para disgusto de sus hinchas, el principal equipo de fútbol de la capital, el Dinamo de Moscú, acababa de perder su condición de invicto en la liga. En el río Moscú, cerca del parque Gorky, más de quinientos remeros competían aquellos días en una disputada regata y, en los alrededores de la capital, veintisiete vehículos participaban en un popular *rally* de cuarenta y cinco kilómetros a través del campo embarrado por las lluvias de los últimos días.

En el parque donde se encontraba la Exposición de la Unión Agrícola, un circo había instalado sus carpas el 11 de junio y todo aquel que adquiría una entrada tenía derecho a ingresar gratis en la exposición. Para los aburridos trabajadores soviéticos la atracción del circo era «Charlie, el mono casi humano», que al final resultó ser un payaso disfrazado de simio. Aquellos días se desarrollaba también una competición de esgrima con delegaciones de siete ciudades soviéticas. En el Teatro Bolshoi se representaban *La Traviata* de Verdi y *Romeo y Julieta* de Gounod, alternando con elegantes programas de *ballet.* Una nueva producción de *Rigoletto* se estrenó el 19 de junio. Asimismo, una traducción rusa del *Tartufo* de Molière se representaba en el Teatro Gorky y el Teatro de

las Artes de Moscú ofrecía *Tres hermanas* de Chejov. Sin embargo, algo imperceptible para la mayoría de los moscovitas había cambiado. A raíz del aumento de tensión con Alemania, las obras del compositor alemán Richard Wagner habían desaparecido de los programas de ópera. Aun así, ninguna otra capital europea aguardaba el verano de 1941 de forma tan alegre y despreocupada[6].

Los rumores sobre un inminente ataque alemán no habían cesado durante las últimas semanas. Las últimas advertencias habían llegado a última hora de aquel fatídico sábado 21 de junio. Los guardias fronterizos dispuestos a lo largo de toda la frontera informaron de un aumento significativo de movimiento en la zona alemana. Podían escuchar los motores arrancando, el tintineo del equipo y el chirriar de las cadenas de los tanques. A pesar de todos los mensajes de advertencia que había recibido del extranjero y de sus propios oficiales, Stalin optó por seguir ignorándolos. Sin embargo, el comisario soviético de Defensa, el mariscal Semen Timoshenko, y el jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, el general Georgi Zhúkov, se tomaban muy en serio esos rumores. Rogaron a Stalin que pusiese a las tropas fronterizas en alerta. Stalin se negó. A las 12:30 de la mañana, Zhúkov informó a Stalin de que un comunista de Múnich llamado Alfred Liskow, reclutado en la 74.ª División alemana, había abandonado su unidad tras recibir las órdenes del ataque y había cruzado a nado el río Pruth para alertar a los soviéticos. Stalin ordenó que fuera fusilado por «desinformación». Por fortuna para Liskow, su interrogatorio continuaba cuando las tropas alemanas cruzaban la frontera, momento en el que se convirtió súbitamente en un héroe comunista[7].

A las diez de la noche del día 21, en una especie de anticipo de la terrible guerra que se avecinaba, una fuerte tormenta de viento y lluvia se desató sobre Moscú, lo que permitió a los moscovitas descansar tras un día de calor seco y asfixiante. Al otro lado de la frontera con Alemania, las temperaturas eran también observadas con atención y preocupación, aunque por motivos muy diferentes, por parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas alemanas. Mientras aquella noche, la más corta del año, llegaba a su fin, la mayor fuerza de invasión de la historia se desplazaba sigilosamente a sus posiciones iniciales de ataque. En los claros de los bosques, entre campos de maíz, en las tupidas orillas de los ríos, los oficiales alemanes reunían a sus hombres y daban las órdenes finales. Un breve discurso personal de Adolf Hitler a las tropas sirvió de prólogo al ataque. El mensaje concluía de forma grandilocuente: «¡Soldados alemanes! Están a punto de lanzarse a una batalla dura y crucial. El destino de Europa, el futuro del Reich alemán y la existencia de nuestra nación

están ahora en sus manos. Que Dios nos ayude a todos en esta lucha». Por motivos de seguridad, las ochocientas mil copias con el discurso habían sido repartidas tan sólo unas horas antes, lo que constituyó una auténtica hazaña logística. Debido a la celeridad de su distribución, los soviéticos no tuvieron conocimiento de las mismas[8].

En la embajada soviética en Berlín, la mayoría del personal había disfrutado ese día del comienzo del verano en los parques cercanos a la capital alemana. Sin embargo, el embajador Dekanozov y Tupikov, el agregado militar, no se podían relajar, pues sabían bien lo que se avecinaba. Dekanozov llevaba días intentado concertar sin éxito una cita con Hitler. Finalmente se ordenó al personal de la embajada que redactase una nota para Joachim von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores. En ella, se protestaba por el hecho de que entre el 19 de abril y el 19 de junio se habían producido nada menos que ciento ochenta violaciones del espacio aéreo soviético por parte de aviones alemanes. Sin embargo, Ribbentrop había abandonado la ciudad dejando instrucciones de que no se recibiese a Dekanozov[9].

Como Dekanozov no pudo contactar con el ministro alemán, Stalin pidió a Mólotov que citase al embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich Werner von der Schulenburg. Este fue recibido por Mólotov a las 21:30, hora de Moscú (20:30 hora alemana). El motivo principal de la entrevista era protestar por las violaciones del espacio aéreo y preguntar por qué estaban abandonado el país las mujeres del personal de la embajada alemana. «No todas, la mía sigue en la ciudad», respondió Schulenburg[10]. Mólotov le preguntó entonces al embajador alemán por qué no había respondido el Gobierno alemán al comunicado «de paz» que había emitido días antes la agencia TASS. Schulenburg respondió que no sabía nada al respecto, pero que transmitiría las preguntas a Berlín.

La noche del 21 al 22 de junio, el expreso Berlín-Moscú atravesó la frontera en el horario previsto. Las semanas anteriores a la invasión, la URSS había proporcionado a Alemania dos millones de toneladas de petróleo con el que se invadiría Rusia. Los últimos trenes pasaron la frontera puntualmente antes de la invasión alemana y los puestos aduaneros permanecieron abiertos[11]. A las tres y cuarto de la mañana, los cañones alemanes fueron despojados de su camuflaje o sacados de sus escondrijos en graneros y almacenes. Poco tiempo después, la artillería alemana abría fuego a lo largo de todo el frente. El resplandor de aquel ataque fue tan enorme que los habitantes de las localidades fronterizas creyeron que estaban asistiendo a un fenómeno natural sin precedentes: el sol parecía salir por el oeste. Sin pérdida de tiempo, las vanguardias

acorazadas alemanas iniciaron un ataque fulminante. Un capitán ruso cuya unidad se encontraba en primera línea transmitió a sus superiores un mensaje urgente para su cuartel general en la retaguardia:

> – ¡Mi coronel, nos atacan los alemanes!
> – ¡Eso es imposible! ¡Está usted borracho! ¡Váyase a dormir y déjeme en paz!. [12]

El almirante Kuznetsov intentó informar a Stalin en el Kremlin de que se habían producido ataques aéreos alemanes contra Sebastopol. Sin embargo, el oficial de guardia, Loginev, le contestó que Stalin no estaba allí y que no conocía su paradero. Salvo para un puñado de sus colaboradores, la existencia de la dacha de Kuntsevo era un secreto, por lo que incluso en un momento de máxima gravedad como ese, cuando abandonaba el Kremlin Stalin desaparecía. A diferencia de Kuznetsov, el general Zhúkov tenía el número del teléfono privado del dictador. Zhúkov recordaba en sus memorias el momento en que avisó a Stalin del ataque: «La persona de guardia me preguntó con voz somnolienta: "¿Quién llama?". "Zhúkov, jefe del Estado Mayor. Por favor páseme con el camarada Stalin, es urgente". "¿Ahora? El camarada Stalin está durmiendo". "¡Despiértelo inmediatamente, los alemanes están bombardeando nuestras ciudades!"». Tres minutos más tarde, Stalin se levantaba, y contestaba aquella inusual llamada. Zhúkov le informó de la gravedad situación: «¿Entiende usted lo que le estoy diciendo?», le preguntó Zhúkov. Stalin permaneció sin reaccionar unos instantes. Según Zhúkov, «Stalin no había sufrido una conmoción tan grande en toda su vida»[13]. Se sentó en una silla y se mantuvo en silencio un buen rato. Tenía motivos para meditar. El pacto con Alemania había sido una creación suya y siempre creyó que Hitler lo necesitaba tanto como él. En un primer momento, Stalin creyó que la guerra tenía que haber sido iniciada contra la voluntad de Hitler, por una conspiración dentro de las fuerzas armadas alemanas. En su mente siempre tenía que existir una conspiración. Cuando finalmente se dio la orden de alertar a las unidades en la frontera, antes de que los telegramas fueran descifrados ya estaban siendo barridos por la aviación y la artillería alemana.

En Berlín los teléfonos de los periodistas sonaban sin parar aquella madrugada. Mientras se dirigían a la sala de prensa, se preguntaban a qué se debía citarles a esas horas y especulaban sobre una posible rendición de los británicos. A las 5:30 de la madrugada, Ribbentrop anunciaba a la prensa mundial que la guerra con Rusia duraba ya dos horas. Ribbentrop se dirigió hacia la mesa del salón de actos del Ministerio

de Asuntos Exteriores, donde, de pie, iluminado por unos focos cuidadosamente instalados, leyó la nota en la que Hitler pretendía justificar el ataque, mientras las cámaras de la prensa perpetuaban el histórico momento. Tan sólo veintiún meses antes, Ribbentrop había regresado de Moscú con el éxito más brillante de su carrera, la firma del Pacto Germano-Soviético.

Schulenburg se presentó en el despacho de Mólotov y leyó el mensaje que acababa de recibir de Berlín: «Los informes que en los últimos días ha recibido el Gobierno del Reich no dejan subsistir duda alguna en cuanto al carácter agresivo de las concentraciones de las tropas soviéticas. […] El Gobierno del Reich declara que, violando los compromisos contraídos, el Gobierno soviético se hace culpable de haber proseguido, e incluso intensificado, su trabajo de zapa contra Alemania y Europa, de haber concentrado en la frontera alemana todos sus ejércitos en pie de guerra y de prepararse con toda evidencia a una violación del Pacto de no agresión germano-ruso y atacar Alemania. Por consiguiente, el *Führer* ha ordenado a los ejércitos del Reich prevenir cualquier amenaza utilizando todos los medios de que dispone». El ministro soviético escuchó con frialdad y, abandonando su famosa impasibilidad, señaló: «La guerra…, esto es la guerra. ¿Cree usted, señor embajador, que hemos merecido esto?». Mólotov se dirigió a la oficina de Stalin en el Kremlin y al entrar gritó: «¡El Gobierno alemán nos ha declarado la guerra!». Stalin exclamó: «Hitler nos engañó»[14]. Tras seiscientos sesenta y nueve días, una de las más extrañas alianzas de la historia llegaba a su fin.

Hasta las 6:30 del 3 de julio, cuando las vanguardias acorazadas penetraban ya en el corazón de la URSS, Stalin no se dirigió a su desconcertada nación. Aquel día, tras completar su habitual trabajo nocturno, se sentó ante un micrófono en el Kremlin y se dirigió al país en un mensaje radiofónico. Durante todo ese día el mensaje fue leído una y otra vez a través de altavoces en calles, plazas de pueblos y ciudades. Al mismo tiempo, el texto era colocado en vallas y muros para que todo el mundo pudiese saber lo que había dicho su líder. Al contrario que Hitler, Stalin no era un orador. Desconfiaba de las emociones suscitadas por quienes poseían ese talento, y siempre rechazó caer en el discurso fácil. Como resultado, cuando decidía hablar, el público escuchaba, pues sabía que lo que tenía que decir su líder era de suma importancia. Las palabras que iba a pronunciar aquella mañana del 3 de julio configuraban probablemente el discurso más importante de su vida: «Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, combatientes de nuestro Ejército y de nuestra Marina», comenzó dramáticamente, «¡Os estoy hablando a vosotros, amigos míos!». Se trataba de una extraña forma de dirigirse

a la nación, algo que no había hecho nunca antes, ni volvería a hacer jamás. Tras reconocer que los alemanes habían logrado éxitos importantes, recordó que no existían enemigos invencibles y que nada debía caer en manos del enemigo. Stalin concluyó afirmando: «¡Adelante, hacia la victoria!»[15]. Aquel era el momento culminante en la carrera de Stalin. A partir de aquel instante, su régimen y probablemente su vida estarían en juego. Se trataba de la prueba definitiva para Stalin y para el régimen que había creado. Se enfrentaba a un gobierno tan dispuesto a utilizar el terror como el suyo y no habría paz generosa.

¿Cómo se había llegado a esa situación? ¿Cómo pudo un hombre tan desconfiado como Stalin caer en un engaño tan burdo? ¿Cómo logró que su país sobreviviese a la invasión del ejército más formidable de la historia? Para dar respuesta a esos interrogantes, es preciso retrotraerse en el tiempo y analizar globalmente la vida y la política de Stalin. Las respuestas a la victoria sobre Alemania son también las de cómo una nación subdesarrollada pudo convertirse a través de una política inhumana en una de las dos superpotencias de la Guerra Fría. Es la historia, también, de cómo ese desarrollo sentó las bases de la posterior decadencia soviética y perduró en muchas características de la Rusia actual.

En 1903 una nueva palabra había irrumpido en el vocabulario político del mundo: «bolchevique». Exactamente cincuenta años después, el hombre que transformó la visión de la revolución internacional socialista en uno de los regímenes dictatoriales más brutales de la historia fallecía en Moscú. La siniestra figura de Stalin y el estalinismo evocan imágenes de una terrible dictadura personal, de policía secreta y de los siniestros campos de concentración de Siberia (el tristemente célebre «Gulag»). Sin embargo, el estalinismo no consistió únicamente en represión y encarcelamientos. Por el contrario, fue un sistema complejo, económica y socialmente revolucionario. Stalin creó un sistema económico que transformó las vidas de los ciudadanos soviéticos y sentó las bases para el surgimiento de la URSS como superpotencia. ¿Cómo es posible que las aspiraciones de la Revolución rusa de 1917, que prometían una sociedad más justa y humana, se convirtieran en un despotismo totalitario y cruel que hundió a la URSS en una pesadilla de terror? ¿Fue el estalinismo una consecuencia inevitable de la política revolucionaria de Lenin? O, por el contrario, ¿se trató de una perversión grotesca del bolchevismo y Trotsky estaba en lo cierto cuando llamaba a Stalin «el enterrador de la Revolución»?

Los impresionantes logros económicos de la era de Stalin son innegables y convirtieron una sociedad predominantemente agraria en un gigante industrial y militar capaz de derrotar al poderoso ejército de

Hitler y de atemorizar a Occidente durante la Guerra Fría. Stalin afirmó que se había encontrado con un país con arados de madera y lo había dejado con la bomba atómica. Sin embargo, todo se logró a un precio gigantesco de sufrimiento humano. Pero, ¿pudo lograrse por otros medios menos opresivos? ¿Existían alternativas de desarrollo económico en la URSS? ¿Fueron las hambrunas y los campos de trabajo, los exiliados y las ejecuciones, necesarios para la construcción del «socialismo en un solo país»? ¿Cómo llegó un hombre a adquirir tanto poder sobre el Partido Comunista y el pueblo soviético? Durante dos generaciones era imposible no sólo responder, sino tan siquiera plantearse esas preguntas en la URSS. Sin embargo, con los vientos de cambio de 1985 se abrió un debate sobre todos los aspectos del estalinismo.

El problema de la aplicación del marxismo en la URSS fue que, una vez que se convirtió en una ideología en el Gobierno, se tornó inflexible. Los líderes soviéticos no mostraron interés por el marxismo crítico, que era constantemente revisado para adaptarse a los cambios en el mundo. Tan sólo el secretario general del Partido Mijail Gorbachov fue capaz de escapar del marxismo ortodoxo, pero para entonces ya era demasiado tarde. Durante la última parte de la década de 1980, otras dos palabras rusas se hicieron familiares en el lenguaje político: *glasnost* («transparencia») y *perestroika* («reforma» o «reestructuración»), ligadas al programa de reformas económicas, políticas y culturales de Gorbachov. El objetivo de esas reformas y de esa «reestructuración» era, en esencia, el sistema político, económico y social creado por el hombre que dominó la URSS durante veinticinco años (1928-1953): Stalin.

Durante un cuarto de siglo, el destino del mayor estado del mundo, y la vida de millones de sus ciudadanos, fue regido por un hombre que el comunista yugoslavo Milovan Djilas describió como «el mayor criminal de la historia», que combinaba «el sinsentido criminal de un Calígula con el refinamiento de un Borgia y la brutalidad del zar Iván el Terrible». El legado de Stalin fue tenebroso y duradero. La economía y la sociedad fueron transformadas por la triple revolución de la industrialización, la colectivización y la educación, que comenzó con el primer plan quinquenal de 1928. En unos años, la URSS se convirtió en una gran potencia económica y hacia 1949, era ya una superpotencia nuclear, y Stalin el líder de un enorme bloque socialista. Sin embargo, todo eso se logró a un precio enorme y devastador. Lo más grave fue que la dictadura de Stalin no se apoyó, como la de Hitler, en una megalomanía racial y ultranacionalista, sino que se legitimaba por la doble ética de la Revolución y del proletariado. Radicalizando las tendencias autoritarias presentes entre los bolcheviques desde la Revolución, acabó de eliminar

del proyecto marxista-leninista todo rastro de ideas democráticas: anuló todas las libertades, negó el más mínimo pluralismo y aterrorizó a la población instaurando un régimen policial. Dispuesto a eliminar no sólo a los discrepantes, sino a todo aquel que pudiera poseer algún prestigio, lanzó sucesivas purgas contra sus compañeros comunistas y eliminó a la plana mayor de la Revolución[16].

Con la misma violencia impuso la colectivización forzosa de la agricultura, hizo exterminar o trasladar a pueblos enteros como castigo o para solucionar problemas de minorías nacionales, y sometió todo el sistema productivo a la estricta disciplina de una planificación central. Con inmensas pérdidas humanas consiguió, sin embargo, un crecimiento económico espectacular. Mediante los planes quinquenales, se dio prioridad a una industrialización acelerada, basada en el desarrollo de los sectores energéticos y la industria pesada, a costa de sacrificar el bienestar de la población. La represión impedía que se expresara el malestar de la población, apenas compensada con la mejora de los servicios estatales en transporte, sanidad o educación. A ese precio consiguió Stalin convertir a la URSS en una gran potencia, capaz de ganar la Segunda Guerra Mundial y de compartir la hegemonía con Estados Unidos en el orden bipolar posterior.

El socialismo estalinista era hijo de la Ilustración europea y la culminación de un proceso que comenzó durante la Revolución francesa. La Revolución rusa fue un intento de moldear una sociedad nueva y justa en la tierra inspirada en pensadores como Hegel y Kant, cuyas obras pueden considerarse versiones seculares del pensamiento judeocristiano. Para los nuevos líderes aquellos que se resistían pertenecían al pasado y tenían que ser eliminados. Marx no predicaba la violencia, pero la consideraba inevitable: la dictadura del proletariado se impondría y la burguesía sería ajusticiada. Con ocasión del bicentenario de la Revolución francesa, un miembro del Politburó criticó con dureza la práctica de cometer crímenes en nombre de un futuro mejor y habló de un «río de sangre cubierto con las rosas de trágicas ilusiones»[17]. El escritor marxista Georgi Plejánov había advertido proféticamente de que, si el pueblo tomaba el poder cuando las condiciones sociales no estaban suficientemente maduras, «la Revolución podía dar lugar a una monstruosidad política, como los antiguos imperios chinos o peruanos; es decir, se produciría un despotismo zarista renovado bajo una apariencia comunista»[18].

Los revolucionarios rusos estaban obsesionados con la experiencia de la Revolución francesa y se veían a sí mismos como continuadores de ese gran experimento. Estaban convencidos de que si aprendían de las

lecciones de dicha Revolución, no cometerían los mismos errores. Serían capaces de establecer las bases de una sociedad socialista fundamentada en la razón. La Revolución francesa se había basado en la nación, pero los bolcheviques limitaron su alcance a la clase trabajadora. El proletariado debía ser el garante de ese nuevo orden, que sería internacional. Stalin llevaría esos planteamientos de la Revolución francesa hasta el final, pero modificando algunos como la revolución internacional, que sustituiría por la noción de «socialismo en un solo país».

Con Stalin, señaló Trotsky entre otros, se iniciaba la fase «termidoriana» de la Revolución, que, según Crane Brinton, es la fase de «desilusión, decrecimiento de la energía revolucionaria y movimientos tendentes a la restauración del orden». Afirmaba que las revoluciones tienen un ciclo vital que atraviesa fases de fervor hasta que alcanzan un clímax, seguido por la citada fase «termidoriana»[19]. Entre 1793 y 1794, por ejemplo, la Revolución francesa había experimentado una fase radical, «el gran Terror». Esa fase fue superada por el golpe de Estado de Termidor, en el que la política se había inclinado a la derecha hasta la toma del poder por Napoleón.

Los bolcheviques tenían en mente el modelo de la Revolución francesa y temían una degeneración termidoriana de su Revolución. Las expresiones «degeneración termidoriana» y «guillotina» eran figuras utilizadas frecuentemente en los debates, sobre todo entre los cuadros formados durante la Guerra Civil, afectos a valorar positivamente la aplicación del terror a los enemigos de clase. La primera fue, incluso, una de las últimas acusaciones que lanzó Trotsky a Stalin, antes de su exilio. Trotsky afirmaba siempre que se estaba preparando un «Termidor» en la URSS con apoyo de «elementos pequeñoburgueses». Los paralelismos entre Stalin y Napoleón eran interesantes, aunque de poca aplicación práctica. Cuando estableció su régimen de terror, Stalin era comparable a muchos déspotas del pasado, pero no a los de la Francia de los siglos XVIII y XIX.

Hacia 1934, Stalin presidió el «Congreso de los Victoriosos» (o de los supervivientes de sus purgas) y declaró el fin de la etapa de la «construcción del socialismo». En esa declaración de victoria encontró la fórmula para terminar la Revolución rusa sin repudiarla. Hacia la primera mitad de la década de 1930, el estalinismo abandonó el fervor antiburgués de la revolución cultural y se volvió «respetable». Esa respetabilidad significaba nuevos valores morales, la aceptación de la jerarquía social basada en educación, ocupación y estatus, los incentivos materiales contra el igualitarismo vulgar, la exaltación de los valores de familia, la eliminación de los derechos que la Revolución había otorgado a la mujer

y la rehabilitación de zares como Iván el Terrible y Pedro el Grande. Por último, la nueva constitución decretó el fin de la guerra de clases. Ahora todos eran iguales en su devoción al socialismo y al Estado soviético y la «nueva *intelligentsia* soviética» reemplazó a la clase obrera en el discurso oficial.

Durante muchos años era difícil aproximarse a la historia de la URSS con cierto distanciamiento. Los historiadores soviéticos tenían que demostrar una militancia partidista a riesgo de ser denunciados como contrarrevolucionarios. Las reacciones emocionales o los prejuicios políticos afectaban incluso a los extranjeros que querían analizar el período soviético. Con el declive y la caída de la URSS se han abierto nuevas perspectivas. El estalinismo puede explicarse de diversas formas. En primer lugar, hay que plantearse cómo se acoplan los años del estalinismo en la era comunista de Rusia. ¿Fue la etapa estalinista la consecuencia lógica de la Revolución bolchevique? ¿O, por el contrario, marcó una distorsión, una discontinuidad o incluso una negación de la Revolución y sus principios? Trotsky habló, desde el exilio, de la «revolución traicionada», y fue el principal defensor de la «discontinuidad». Kruschev y Gorbachov intentaron regresar al «auténtico» leninismo de 1917, destacando la ruptura con los años estalinistas, lo que a su vez abre otro debate: ¿hasta qué punto fueron sus sucesores capaces de desprenderse del legado de Stalin? Para un sector de la historiografía, la característica básica de la era comunista fue la continuidad. Historiadores occidentales, especialmente del período de la Guerra Fría, pusieron el énfasis en las raíces leninistas del estalinismo y la continuidad del totalitarismo tras la muerte de Stalin en 1953. Esta escuela se vio reforzada con el colapso del sistema soviético. El legado estalinista pasó a considerarse como causa principal de la caída del sistema.

Una segunda cuestión son los motivos por los que surgió el estalinismo. ¿Fue el estalinismo un resultado de la personalidad de Stalin y de sus decisiones? ¿O fue, por el contrario, resultado de la situación histórica en la que vivió? En este sentido, se pueden aplicar las metodologías utilizadas para Hitler y el nazismo: la escuela «estructuralista» (que enfatiza el valor de las fuerzas sociales en la evolución de la historia), o la «intencionalista» (que resalta el papel del individuo y su voluntad para forjar la historia). Relacionada con estas cuestiones es preciso plantearse la reflexión sobre la naturaleza del sistema soviético. Mientras que el nazismo murió en Alemania con Hitler en 1945, la URSS sobrevivió a la muerte de Stalin. Durante cuarenta años fue un objeto de estudio del que surgió el concepto del «totalitarismo», que señalaba que su característica básica era el control absoluto del sistema. El totalitarismo

fue un concepto utilizado por los fascistas italianos y sería utilizado por los historiadores para poder comparar la Alemania nazi, la Italia fascista y la Rusia soviética. Sin embargo, tal comparación fue posteriormente menos convincente.

Las deficiencias del término «totalitarismo» resultan evidentes si este supone la «totalidad» en la práctica y en los propósitos. El totalitarismo no resulta suficiente para describir las contradicciones existentes entre la realidad de terror y disciplina y el caos de la URSS. Resulta indudable que el paradigma del poder sin restricciones, ejercido por un sistema de gobierno coherente y centralizado sin ninguna limitación, era y sigue siendo una fantasía. Asimismo, la URSS de Kruschev e incluso la de Brézhnev era diferente de la de Stalin, y el modelo totalitario resulta demasiado rígido para el análisis de las nuevas realidades que surgieron en la URSS. Como contraposición surgió una «escuela de conflicto», que ponía el énfasis en los debates que tenían lugar entre bambalinas, el conflicto basado en grupos personales o burocráticos (militares, empresarios, etc.). Otras alternativas para definir el período tales como «centralismo burocrático», «sociedad monoorganizativa» y «Leviatán moderno» tampoco han demostrado ser lo suficientemente completas como para considerarlas definitivas. Un segundo modelo de análisis no totalitario fue el «desarrollista». Influenciado por los cambios del mundo poscolonial y por los logros tecnológicos de la URSS, se centraba en la modernización económica. Parecía captar el dinamismo de los años del estalinismo y permitía tener en cuenta los cambios económicos y sociales a largo plazo que habían deteriorado el sistema soviético y contribuido a su colapso final.

Uno de los factores más complejos para el historiador es la naturaleza contradictoria del sistema estalinista. El historiador Erik van Ree ha acuñado el término «patriotismo revolucionario» para definir el pensamiento político de Stalin[20]. Edward A. Ress enfatizó la afinidad entre el estalinismo y el «maquiavelismo revolucionario» y Tim McDaniel sitúa las contradicciones del estalinismo en la peculiar simbiosis del mesianismo ruso, la ideología marxista y la teoría de la modernización[21]. Lars Lih desarrolló la tesis del «escenario antiburocrático» para aproximarse a la mentalidad de Stalin y su *modus operandi*[22]. El historiador Ronald Suny ha identificado una combinación de terror con autoridad legítima como la base del poder de Stalin, y la teoría de Robert Tucker del «comunismo imperial» enfatiza el papel de estadista de Stalin, las tendencias nacionalistas rusas y la continuidad con sus predecesores zaristas[23]. David Brandenberg ha rescatado la versión del «nacionalbolchevismo» como eje central de la cultura de masas estalinista[24]. Estas contradicciones se

encontraban también presentes en la figura de Stalin. Se ha estudiado, por ejemplo, la noción de que Stalin era un hombre que se encontraba a caballo en una frontera no sólo geográfica y cultural (Georgia-Rusia; Oriente-Occidente) sino también temporal, entre «premodernidad» y «modernidad»[25].

Otro factor fundamental sobre el estalinismo es su dimensión moral. ¿Deben los investigadores intentar la «historización» del estalinismo y, por tanto, correr el riesgo de atenuar su responsabilidad personal y justificar lo injustificable? La enorme escala de la represión soviética ha animado a los historiadores a comparar las prácticas exterminadoras del estalinismo y del nazismo. Algunos historiadores han llegado a detectar una equivalencia moral entre el comunismo y el terror nazi, estimando que el primero incluso acabó con la vida de más personas (hasta cien millones en el mundo entero según un estudio)[26]. Otros, aun reconociendo la gigantesca escala del terror estalinista, continúan enfatizando la singularidad del Holocausto nazi y la destrucción «industrial» y planificada de seres humanos[27].

Stalin fue, sin duda, un tirano cruel. Sin embargo, tras la cortina del culto a la personalidad existía también un personaje de carne y hueso, cruel y vengativo, pero con cualidades innegables: se trataba de un hombre reflexivo y trabajador, con una voluntad de hierro y, qué duda cabe,



Stalin con su madre.

de un patriota preocupado por mantener la hegemonía del Estado ruso. Stalin fue un político ambicioso y realista, movido por consideraciones de poder y por ideales revolucionarios. Este maquiavelismo fue más palpable en su política exterior, donde la causa del socialismo quedó postergada a los intereses nacionales de Rusia, convirtiendo a los partidos comunistas extranjeros en meros instrumentos de la política exterior soviética. Es preciso alejarse de las visiones tradicionales que demonizaban a Stalin o, por el contrario, lo consideraban como un dios omnipotente. Stalin fue al fin y al cabo un producto de su época y, hasta cierto punto, compartía muchas de las preocupaciones y de los dilemas de cualquier político de su tiempo. Sus «soluciones» a esos problemas fueron muy a menudo heterodoxas, pero gran parte de su pensamiento, e incluso de sus acciones, se inscribía en un fenómeno general europeo: el papel cada vez más intervencionista del Estado del bienestar, la noción de «administrar a los ciudadanos», el deseo de conquistar la naturaleza en beneficio del país e incluso la creencia en la posibilidad de transformar la naturaleza humana. La idea generalizada de un empuje universal hacia la «modernidad», compartida por todos los estados en proceso de industrialización, es un punto central de muchas obras de historia comparada de la Rusia de Stalin.

Sin embargo, no se debe entender ese enfoque como un intento de relativizar los horrores del estalinismo. De hecho, los nuevos documentos históricos tienden a reforzar más que a rebatir la organización central de la represión. No se debe olvidar la intervención directa de Stalin y de la mayoría de los altos cargos del Partido en el terror que se abatió sobre la URSS. Tampoco se debe ver a Stalin como un resultado inevitable de su ideología, de su era o de su sociedad, aunque estas contribuyeran en cierto modo a que se convirtiera en lo que fue.

La finalidad de esta obra no es dar forma a una biografía tradicional de Stalin. Se ha procurado realizar un estudio global del estalinismo, sin perder de vista el aspecto personal en un sistema tan centralizado, pero intentando abarcar las diversas fuerzas que influyeron en el proceso. El planteamiento temático permite una mayor claridad expositiva, aunque huelga decir que muchos de los acontecimientos narrados se solapaban en el tiempo e influían, a veces de forma poderosa, sobre otros (temores internacionales-industrialización-reformas militares; inseguridad exterior-purgas internas, etc.). Se trata de combinar el planteamiento «estructuralista» y el «intencionalista» en una obra general. En cualquier caso, no se ha intentado realizar un estudio exhaustivo, sino trazar las líneas más destacadas de la «era de Stalin». En suma, se trata de intentar responder a algunas de las cuestiones mencionadas y de examinar el

proceso que llevó al hijo de un zapatero pobre de Georgia a convertirse en el líder absoluto de una superpotencia y, posiblemente (en competencia histórica con Hitler), en el más sanguinario político del siglo xx. Como conclusión preliminar, es preciso advertir al lector de que no existen respuestas definitivas al «fenómeno Stalin». Resulta improbable que en algún momento se llegue a un acuerdo definitivo sobre las motivaciones, los crímenes y el legado último del estalinismo. La desclasificación de nuevos documentos de la época tan sólo añadirá elementos al debate. Como señaló el escritor Vasili Grossman, el nombre de Stalin «está inscrito para la eternidad en la historia rusa»[28].